



## *Un sueño navideño*

En el invierno de diciembre, cerca de los últimos días vivos del año 1941, se rumoreaba entre los sobrevivientes acerca de una luz cuya magnificencia sólo se la podía enaltecer cada 800 años: - Claro, ya lo recuerdo. Ya mismo es Navidad, pero parece que a mi mamá se le olvidó. Dijo el pequeño Ancel. Al parecer fue el único que se desató en recuerdos de la guerra que devoró la mente y el corazón de su hogar, quizá el único que quedaba de Auschwitz de dónde provenía. No, todavía se encontraba fulminado por las desventuras y desgracias. Solo tenía diez años y ya había presenciado todo lo que ningún humano, y mucho menos un niño debía haber visto.

Habrían pasado casi dos años desde que empezó todo, y lo único que recordaba era el clamor de dolor suplicando clemencia, bombas hollando los suelos, el abandono de su hermana de tres años creyendo que otra familia la iba a cuidar cuando en realidad había muerto de inanición. Fiambres pintados de escarlata líquida saliendo de las bocas que Ancel advertía mientras se trasladaba de morada en morada con sus padres cada semana, y su impetuosa

desesperación de alma infante queriendo salir a jugar, como antes, con su hermano mayor a quien no lo había visto desde que salió de casa con el mismo traje de soldado que vestía su muñeco.

Cuando su madre, Janica, le dijo que se iban de nuevo, Ancel ya estaba colmado de aquellos viajes que solo lo lastimaban, pero esta vez su madre le prometió que no iban a una vieja en un terreno baldío, iban a una casa internada en el bosque del Valle de los hados e ir a patinar a las lagunas gélidas de ese lugar, aquella que el infante amaba desde que leyó aquel cuento de seres mágicos que le habían regalado hace dos años por Navidad. Su madre lo estaba vistiendo con pesada indumentaria de lana con cristales en sus ojos y una sonrisa que expresaba todo, menos vigor. Su padre parecía ansioso también por ir al Valle, pues se mostraba muy empeñado en empacar las cosas con prontitud, a pesar de su herida en la rodilla. Advirtió que su madre no mostraba el mismo entusiasmo por ir a ver a los hados, por eso la consolaba diciéndole que patinar con ellos iba a ser la mejor aventura y que regresarían a casa con lozanía en sus corazones y todo habría terminado. ¿Tenía razón?

Iniciaron el viaje en un viejo y frío remolque de heno. Ya mismo era otoño, los frígidos vientos raspaban sus mofletes de seda blanca. Las manos de su madre ya no tenían el aspecto grácil y acolchado de antes. Más bien, se asemejaban a las de la abuela Irena, áridas y ásperas. Antes de partir, vio a su padre hablando con el dueño del remolque mientras su madre lo abrazaba resguardándolo del frío.

Por fin, iba al Valle de los hados a patinar, podía liberarse de los malos recuerdos que lo asediaban y cuando hubiera regresado, todo habría vuelto a la dicha. Después de un largo camino de marcha bajo las nubes que vagaban por el cielo con traje gris, llegaron a una cabaña custodiada por viejos árboles, cuyas ramas abrazaban una madera astillosa. Pernoctaron por cinco días, durmiendo en el suelo con una sola manta y comiendo pan seco que el señor del remolque les ofreció en la cocina. De seguro él era el dueño.

No fueron días afables, al parecer su padre ya no podía sobrellevar el dolor de su rodilla, razón por la que estuvo gritando con frenesí, dentro de un cuarto frío por tres días. Una noche, antes de partir, los gritos cesaron, solo respiraba con pesadez y su madre susurraba palabras que Ancel apenas adivinaba. No podía entrar a verlo debido a que su madre se lo prohibió, pero si escuchaba algunos murmullos.

Luego de una larga espera, Ancel cayó en sueños, apoyando su cabeza en la puerta. Pero su madre los rompió al salir corriendo de la habitación: - Mamá ¿A dónde vas? No respondió. Ancel aprovechó que su madre había dejado la puerta abierta para entrar y ver a su padre. Bueno, pareció que finalmente, había logrado dormir, el dolor fue reemplazado por alivio, su padre dormía plácidamente. Pero hubo algo que lo inquietaba: la tez, la tez de su padre estaba muy fría y pálida, y tampoco escuchaba los ronquidos que siempre hacía. No pudo inferir el problema porque su madre lo sacó sorpresivamente. La única explicación que recibió de ella fue que a su padre lo había embocado el sueño y que era mejor dejarlo dormir bajo los rayos lunares de la ventana.

A pesar de que su padre no había salido de la habitación desde la segunda noche de estadía en la cabaña, Ancel no quería molestarlo. Cuando el quinto día hubo llegado, su madre ya había empacado todo y el hombre del remolque se presentó otra vez a la puerta de la añeja cabaña. Fue presionado a que suba al carromato inmediatamente, su madre subió después: - ¡Mi padre todavía no ha despertado! ¡¿Por qué no lo esperamos?! No recibió respuesta.

Ya no quería ir al Valle de los hados, no sin su padre. No cruzó palabra con su madre durante el viaje, ni siquiera le importaba preguntar a dónde iban. Cuando el señor detuvo el remolque después de haber vagado por horas, Ancel vislumbró a lo lejos una pequeña casa perdida en un bosque. ¿Había llegado al Valle de los hados? Al parecer sí, pero su emoción por ir se había esfumado, no iba a ser divertido si no estaba papá. Bajó del carromato y vio por última vez el rostro del hombre que los llevó.

Caminaron entre los árboles para llegar a la pequeña morada; dejaron sus cosas en la sala, prendieron fuego en la chimenea y comieron del pan seco que el señor les había dado.

Todos los días despertaba cada mañana con frío porque el otoño había prolongado. Su madre era otra, pues ya no era aquella mujer que lo mimaba o lo besaba antes de dormir. Más bien se había vuelto una mujer fría que le gritaba sin razón. Le había prohibido fuertemente salir de la casa. Ancel ansiaba ver a los hados, allá en el bosque, pero era imposible. Su madre, antes de salir de cacería, cerraba todas las ventanas y las puertas traseras, y apoyaba un mueble grande y pesado contra la puerta principal una vez afuera.

El crío se ahogaba en hastío, recorría la casa para no aburrirse más, y eran muchas las cosas que lo hacían llorar de ansiedad. Lo único que veía moverse eran las tachaduras de un calendario que consumían los días y los meses. Ya estaban en diciembre y Ancel no recordaba la Navidad, aunque los días señalaban su advenimiento. Los números se acercaban a las fiestas, pero el pequeño no las recordaba.

En uno de los días cercanos a Navidad, Janica no se levantó de su lecho, estaba fría y embriagada del dolor por una severa herida de su brazo cuando fue de caza la última vez cuando ese jabato también estaba siendo acechado por un cazador cánido de los bosques polacos del que tuvo que defenderse con solo un cuchillo de caza.

Janica regresó a casa sin comida, y con una herida que inició el conteo de sus días restantes. Ya nada le importaba, ni siquiera su hijo, cuyo estómago exigía sabor. Solo pensó en acostarse y jamás despertar. Sabía que era su turno.

Ancel tenía hambre, frío y congoja; ¿cómo estaba mamá? ¿por qué no se ha levantado todavía? No había comida, tomaba el agua de las ollitas para las goteras y no sabía cómo encender la chimenea. Pasaba los últimos días de diciembre penetrado por el frío del invierno que ya había llegado y sin tener respuesta de su madre. Ella no había

salido de la habitación desde hace más de una semana y, para el pequeño, a ella se le olvidó que tenía un hijo hambriento.

Después de permanecer sentado en el mismo sillón por horas reparó en la puerta sin seguro. Al menos podía salir a conocer a los hados y contarles lo mal que se sentía. Se dirigió a la puerta y sintió el frío raspando su piel, ¿dónde estaban? Salió a buscarlos. Muchas horas murieron y nada encontró. Quería regresar, pero los árboles del bosque lo cercaron, no sabía por dónde salir, y rompió en llanto.

- ¿Ancel?, el pequeño alzó vista. - ¿Ancel? ¿Eres tú? No era su madre, lo llamaban voces juveniles que jamás había escuchado.

Y Ancel gritó: - ¡Aquí estoy! El pequeño atisbó a lo lejos tres siluetas altas y esbeltas.

- ¡Ancel! ¡Eres tú! ¿Estuviste buscándonos? Pues aquí estamos.

El niño los miró, eran muy extraños. La chica tenía el cabello azul, el joven a su lado lo tenía rojo y el tercero era verde. Sus orejas, eran puntiagudas y sus ojos tenían el mismo color de su cabello. ¿Eran los hados?

- ¿No vas a decir nada? - exclamó la chica- Ah perdón, no me he presentado. Soy Fine de los Erus, seres de música. – Yo Zanks de los Árbol, seres artesanos - intervino el joven azul.

- Y yo Glor, de la especie de los Belvas, seres de luces – finalmente exclamó el joven verde. – Somos los hados, un reino de seres mágicos. Hemos venido a tu mundo a salvarlo de la guerra con la lozanía de la Navidad –

- ¿Navidad? Hace mucho que no he escuchado esa palabra – dijo Ancel.

- ¡Pues ya está por llegar! y tú y tu pueblo no han preparado nada- explicó Fine - ¡Vamos! ¡Prepárense todo!

Ancel no tenía la fuerza de su corazón como para volver con dicha a las fiestas navideñas. Ya bastante había sufrido. No decía palabra alguna que expresara su conmoción al ver por primera vez a los seres que tanto había aspirado conocer.

Los hados habrían advertido el desconcierto del mundo humano. Habían escuchado lo que era la guerra, pero jamás presenciado una. Tampoco sabían del efecto que provocaba en el corazón de los hombres, pues en el Valle de los hados ya no existía la enfermedad de la guerra ni el dolor, ni el hambre, porque todo aquello fue enterrado en las tumbas de

las dos centurias de historia. Nadie en el Valle conocía la maldad. Solo gozaban de magia y amor entre especies. Los hados tenían conocimiento de los seres sin magia, conocidos como *Sinmagis*, que solo se encontraban en el mundo humano. Sin embargo, nadie en el Valle podía entrar en él sino era con el permiso del sabio blanco, Verebor. Él, cada año, elegía a tres jóvenes de cada especie para cumplir la faena que les asignaba, y que nadie más conocía. Únicamente se tenía conocimiento de que la magia navideña debía abrazar a los humanos, preservar sus tradiciones y perfumar sus tierras para no olvidar la fiesta.

El sabio blanco Verebor eligió a los tres hados y les comentó de la dura tarea que tenían, les había instado a salvar las vidas humanas con el vigor navideño debido a que se manifestaba la peor de las guerras en aquel mundo. Al principio no comprendieron el mensaje ya que poco habían escuchado de las guerras, aun así, aceptaron la solicitud porque disfrutaban disipar el fulgor de su magia y levantar el amor que inspiraba el nacimiento del niño Jesús.

Ancel mostró estupor al escuchar el nombre de Jesús cuando hubo atendido la conversación de los hados. Les preguntó sobre su conocimiento de él, y éstos le explicaron que Jesús era una figura y entidad altamente venerada y lo enaltecían

con los más bellos adornos y regalos desde los cielos hasta las vastas tierras del Valle. En el Valle lo llamaban el niño *Lirv*; sin embargo, los hados sabían que en el mundo de los *Sinmagis* era llamado Jesús, nombre que los deleitó mucho más que el anterior y lo usaron hasta el presente. Su propósito fue siempre esparcir la magia del amor y la devoción, en su mundo y en el de los humanos.

Después de escuchar las maravillas de la tierra de los hados, Ancel manifestó con lágrimas su deseo de vivir con ellos en esa tierra. Estaba harto de los humanos y deseaba escapar de ellos. Los hados le comentaron que no era posible llevar humanos a vivir en el Valle, pero si podían invitarlo por una noche a recorrer las colinas y los bosques que circundaban las moradas de las especies de Hados, si tenían la autorización del sabio. Ancel suplicó nuevamente su deseo y éstos acordaron llevarlo al Valle y presentarlo con Verebor.

Los hados guiaron al niño al punto de salida del mundo humano. Era una laguna que estaba a una milla de la casa y cuyo nombre no sabía. Cuando hubieron llegado a ella, Zanks cargó al niño en su espalda. Él y los otros dos empezaron a volar, dando vueltas alrededor del lago. El agua del lago se elevó al cielo con la figura de un remolino

al punto de que Ancel tuvo miedo de su enormidad, pero no tuvo tiempo de expresar temor porque los hados entraron en él con ímpetu dejando caer el agua sobre ellos. Ancel creyó ahogarse y Zanks le dijo que era posible respirar. Nadaron dentro del túnel de agua hasta llegar a una entrada de fulgurante luz. Dieron vueltas nuevamente alrededor de la entrada oval y el agua de aquel túnel que habían cruzado los empujó elevándolos de nuevo al cielo nocturno. El agua volvió a la misma laguna del mundo humano. Lo que no sabía era que esa laguna conectaba a ambos mundos y únicamente podía dar paso cuando las cuatro estrellas de la Constelación Cruz del Sur, o como en lengua *ventin* de los hados lo llamarían *Sizea Juz*, brillaban con la misma intensidad al mismo tiempo sobre la laguna, en el día del advenimiento de invierno del hemisferio norte.

La laguna tenía el nombre de *Viri Bul*, y estaba custodiada por gruesos troncos de los cuatro árboles más altos. Ellos representaban los cuatro puntos cardinales. Eran árboles de temerosas alturas y troncos obesos que inspiraban fobia.

Ancel se bajó de la espalda de Zanks, y los tres hados contemplaron una vez más la laguna. En el árbol del norte se encontraba Verebor, un venerable anciano de piel blanca, testa lampiña, barba corta, pies descalzos y cuerpo envuelto

en túnica blanca. Estaba sentado en las raíces norteñas que sobresalían de la tierra. El sabio abrió sus ojos y sin expresar palabra, comunicó el permiso del niño para ingresar a las tierras mágicas esbozando una sonrisa, pues había visto en el corazón del crío el veneno de las calamidades que lo consumían lentamente. Era hora de que volviera a ver una Navidad feliz.

El gigantesco árbol del este tembló tierra levantando su tronco y raíces formando un túnel terroso que los guiaría al Valle. De repente estaban en un bosque, un complejo de árboles de un hermoso color pino bajo la luz de la luna creciente. Los árboles del bosque estaban adornados con luces de color oro y con gemas y diamantes que brillaban a la luz de la luna. El aroma del bosque brotaba de flores de nochebuena o flores *Dul*. La música del viento era igual a la de una flauta danzante, la tierra del bosque exhalaba luz verde al mínimo contacto del cuerpo de un ser. Tomaba la forma de una huella. Pero lo que más sorprendió a Ancel fue que en el cielo las nubes tenían vida propia, pues de su misma materia colocaban un rayo de luz de la estrella de Belén, o estrella *Lir*, dentro de gotas de agua que las dejaban caer en forma de perlas luminosas a las tierras vastas del Valle de los Hados, para que los seres puedan sentir calor

en el aire hasta apagarse y caer al suelo formando cúmulos de nieve.

Era tan hermoso, Ancel estaba dentro del cuento que amaba.  
– Este es solo uno de los bosques del Valle, y sirve como frontera a las moradas de las especies. Esta es la frontera de los Belvas y los Balce – dijo Glor

- ¿Belvas? ¿Balce? – preguntó Ancel

– Si, son especies de hados y hay otros más – dijo Glor.

Los Belvas eran los seres que producían enlaces de luz de luna que podía colorearse con colores de arcoíris y rayos de auroras boreales; los Balce perfumaban todos los territorios del Valle con las más raras y bellas flores que plantaban en su morada; los Erus componían música en forma de viento, lo que permitía que todo el Valle escuche su música; los Pangos proporcionaban los mejores manjares a todas las especies del Valle; los Feros, los más antiguos, mantenían al Valle y a los otros lejos de la enfermedad y el dolor cubriéndolos con su manto de vapor divino; los Árbor, eran los artesanos que elaboraban preciosos objetos con sustancias que solo ellos podían encontrar, pero también los adornaban con las gemas de los Tokies, quienes embellecían bosques y colinas con gemas de su tierra; y finalmente los

Gargos, los que manipulaban el agua que daba vida y saciaba la sed una vez que alguien la tomaban.

- ¿Quieres ir a patinar a las lagunas? – Mencionó Fine luego de presentar a las especies.

El rostro de Ancel se iluminó al escuchar de su existencia – Si, por supuesto.

- Esta bien, pero solo tienes una noche para patinar y conocer a seres de todas las especies. Podrás comer pasteles de los Pangos y beber de las piletas de Gargos. Después de patinar, podrás formar figuras con la nieve y adornarlas con las gemas de Tokies y tendrás un regalo de los artesanos si les manifiestas un talento. Es muy fácil hacer amigos aquí, todos nos llevamos muy bien, no existe la palabra enemigo en este mundo, pero si se ha escuchado que siempre se la pronuncia en tu mundo. Tranquilo, jamás llegará esa enfermedad en el Valle.

- ¡Vamos rápido que las horas mueren! – dijo Zanks

Luego de una gran aventura en los bosques del extremo sureste del Valle, llegaron a las lagunas *Berian*. Y ahí estaban, todas las especies gozando con vigor de la llegada de la Navidad, cantando, bailando, jugando y comiendo juntos. El corazón de Ancel se sumergió en pena al

preguntarse por qué los humanos no eran buenos con otros de su especie. Ya no quería saber de ellos. Solo se hacían y hacían daño, no tenía sentido.

- ¡Hola! ¿Vienen con un humano? ¡Excelente! Eso quiere decir que el sabio les dio permiso para divertirse. ¿Cómo te llamas pequeño? – era una bella joven que inspiraba calma y calidez en su sonrisa. Su nombre era Ura. Comentó que era una Belva.

- Soy Ancel, y me gustaría patinar esta noche – dijo el crío en paz y empezó a reír.

- Por supuesto. Aquí podrás comer y cantar, y ¿sabes qué? ésta Navidad va a ser de las más maravillosas porque como lo habrás adivinado, desde esta noche la estrella *Lir* tendrá un brillo inefable hasta el fin del mes. Solo se la podrá contemplar cuando hubieron pasado 800 años. Tiene un gran significado aquí, pues se dice que el mismo día de lustre de aquella estrella nació Jesús, un hermoso niño capaz de curar – Añadió Ura.

Antes de dirigirse a las lagunas, Zanks tomó una rama de árbol y en la danza de sus manos enjutas, de ellas brotaron un par de patines gráciles del mismo material de la pequeña rama.

Ancel patinó con la nueva familia que él consideraba suya. Era hábil en ese deporte ya que patinaba desde los cinco años. El recuerdo de la guerra había perecido por completo y en su corazón solo se encontraba el amor y la paz que habían muerto en las desgracias. Cantaba junto con los hados, bailaba y comía con ellos. El aroma de las tierras invernales lo regresaban al recuerdo del significado de una navidad feliz y lo consolaban con hermosos regalos hechos de madera, oro y gemas. Era el lugar perfecto, pero las horas habían corrido, ya era hora de irse.

- Ancel, sabemos que tu mundo está enfermo y es nuestra misión regresarlo a la dicha con destellos navideños. Te prometemos que la felicidad regresará a tu vida y a tu mundo. Si quieres, nos ayudas a adornar tu ciudad con sus tradiciones y las combinaremos con las nuestras. ¿Qué dices? – dijo Glor.

El niño estaba triste de dejar el Valle y a los hados, pero feliz al mismo tiempo por la promesa hecha. Aceptó salvar la Navidad y la felicidad de su gente. Se despidió de todos los hados y regresó a la laguna por la que entró.

Estando ya en el mundo humano, los tres seres tocaron sus manos y piernas y lo pintaron de luz oro poco intenso. Podía volar. Ancel y los tres hados empezaron a recorrer las

ciudades polacas desde los cielos, perfumando las casas con olor de la flor de nochebuena y otros aromas que producía Glor. Fine hacía música con el viento y cantaba con Ancel los villancicos de su tierra, Zanks sabía de las tradiciones humanas y con sus manos artesanas dejaba en cada casa un árbol con gemas, un pesebre de oro y regalos con comida. Al parecer, la esencia de la magia de los hados dormía a los malvados y curaba a los mansos enfermos. Cada pueblo iba a permanecer bajo los amparos del sueño hasta la noche del veinticinco de diciembre, fecha en la que la gente despertaría con luz en sus hogares, comida, música y regalos, y todos aquellos recuerdos que los devoraba se habrían extinguido. Todas las familias y las víctimas de la guerra habrían despertado del miedo y recuperado la felicidad con villancicos bajo la estrella de Belén y con el calor del amor. Como producto de su dicha, pintarían los árboles de luces y bombillos, harían postres y pan, el pavo estaría colmado de sabores, las chimeneas alejarían el frío y el perfume navideño abrazaría las ciudades amparándolos del dolor y el trauma.

Lo había hecho, Ancel los había salvado, vería de nuevo a su familia la noche del veinticinco para contemplar la estrella.

- ¡Gracias! ¡Gracias! – Repetía Ancel con lágrimas cuando regresaron a la laguna. Pero las siluetas de los hados iban desapareciendo. ¿Qué pasaba? – ¿Por qué se van? ¿Nos volveremos a ver?

De repente Ancel se encontraba nuevamente en el frío del bosque, estaba llorando. ¿Y los hados? ¿Realmente se fueron? No, solamente fue una ilusión o, mejor dicho, una agonía disfrazada de amor mágico. El niño cayó al suelo blanco viendo otra vez a sus amigos. Era de nuevo aquel dichoso sueño que lo abrazaba fuertemente para no perecer con dolor y congoja en un mundo en el que la felicidad parecía haber muerto con él.